

D. JAIME EL CONQUISTADOR,

DRAMA HISTÓRICO EN 3 ACTOS

POR

ANTONIO ALTADILL.



BARCELONA:

IMPRENTA DE LUIS TASSO,

Arco del Teatro, callejon entre los núm. 21 y 23.

1861.

Sevilla

D. JAIME EL CONQUISTADOR,

DRAMA HISTÓRICO EN 3 ACTOS,

por

ANTONIO ALTADILL.

*Representado con notable éxito en el teatro del Circo Barcelonès
la noche del 14 de Noviembre de 1860.*

*El distinguido actor Sr
Jacquin Arjona,
el autor,*



Barcelona.

IMP. DE ROBERTO TORRES, LANCASTER, 10, BAJOS.

—
1861.

PERSONAJES.

ACTORES.

La Reina (<i>Doña Violante</i>).	D. ^a MATILDE DIEZ.
Doña Constanza.	» ANTONIA VALERO.
El rey D. Jaime 1. ^o (70 años).	D. MANUEL CATALINA
El Infante D. Pedro.	» ANTONIO ZAMORA.
Montaner.	» BENITO PARDIÑAS.
Fluviá.	» JUAN GARCÍA.
Embajador de Castilla.	» JOSÉ GUERRERO.
Aben-hamet.	» FRANCISCO PARDO.
Fontanellas.	» DAMIAN CASALS.
Rocafort..	» ANTONIO SALA
Mendoza.	» J. SANCHEZ.
Conrado (<i>no habla</i>).	» N.
Ugier..	» N.
Caballeros. Cortesanos etc..	

Los dos primeros actos pasan en Valencia : el tercero en Játiva—SIGLO XIII.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima , varie el título ó represente en cualquiera de los teatros de España y Ultramar, con arreglo á lo dispuesto en la ley de propiedad literaria y decreto orgánico de teatros vigente.

Los Sres. Sala Helguero y compañía de Madrid y sus corresponsales en las provincias son los encargados esclusivos de la venta de ejemplares y cobro de derechos de representacion.

ACTO PRIMERO.

Gran salon en el palacio real de Valencia. A la derecha un trono ; á la izquierda en primer término una mesa con tapete y recado de escribir y un sillón junto á la misma : puerta grande al foro y otra á la izquierda que comunica con la cámara real.

ESCENA PRIMERA.

FLUVIÁ, FONTANELLAS, MENDOZA, ROCAFORT
Y CABALLEROS.

Rocaf. Con que ya, segun parece,
llegaron los enviados,
De Castilla y de Leon ?

Mendoza. Y tambien el que ha mandado
el Infante D. Manuel.

Fluvi. Así se dice.

Font. El reparto
de los pueblos y ciudades
que á los moros se ganaron,
hoy mismo debe efectuarse.
El rey, segun lo pactado
antes ya de la conquista,
parece que separados
tiene los pueblos y villas

que locan conforme el trato
á cada uno.

Mendoza. Y á quien
la capital ha tocado?

Rocaf. La ciudad de Murcia?

Mendoza. Sí.

Font. En cuanto á Murcia es muy llano
á mi entender: de D. Jaime
quedará.

Mend. ¿Quién sabe? Acaso
se una á Leon y Castilla.

Rocaf. No fuera justo.

Mend. No alcanzo
el por qué cuando en la lucha
ambos reinos se empeñaron,
catalan y aragonés
lo mismo que el castellano.

Rocaf. Es verdad; pero ¿á qué reino
pertenece el fuerte brazo
ante el cual, las huestes moras
huyeron llenas de espanto?

Fluviá. Esa no es cuestion, señores;
por mas de un concepto hermanos
son Aragon y Castilla,
y mas de una vez triunfaron
las barras de Cataluña
junto á sus leones bravos.
Ademas, que de la sangre
une el vínculo sagrado
á ambos monarcas: D. Jaime
es padre del soberano
de Leon y de Castilla,
con el cual ha desposado
á la princesa Violante.
Así, lo que importa al caso
no es averiguar de quien
sea aquel ó este pedazo,
sino el que disponga en breve

cada cual de lo ganado,
y que el reino que antes era
del moro, presto veamos
repartido y patrimonio
de los príncipes cristianos.

Font. ¡ Pobre rey moro de Murcia!
quién te digera, menguado,
que los castillos do ayer
te mostrabas tan ufano,
fueran hoy tumba humillante
de brio y orgullo tanto!...

Rocaf. Y ahora por algun tiempo
tendremos paz y descanso:
por que al moro no es probable
que se le antoje inquietarnos
en muchos dias.

Fluviá. Por eso
no ha de quedar: á buscarlos
iremos nosotros

Mend. Ved
que todos se retiraron
al Reino de Andalucía
y allí nos está vedado
ir á atacarles.

Fluviá. Es cierto;
mas aunque existe un tratado
por el cual el Rey D. Jaime
no puede ir allá, en mandando
aquí el infante D. Pedro,
á quien el Rey ha nombrado
ó va á nombrar muy en breve
con poder espreso y ámplio
procurador general
de todo el reino, ya estamos
á pesar de los convenios
y de todos los tratados,
marchando hácia Andalucía.

Mend. Cómo! el infante nombrado

procurador general...

Fluviá. De Valencia.

Rocaf. Cielo santo !
entonces mañana mismo ,
en cuanto le haya dejado
el Rey , tenéd por seguro
que á la refriega volamos.

Font. Es que la órden del Rey
para el Infante...

Fluviá. Buen caso
hará D. Pedro. Qué mas
órden y espreso mandato
que el que D. Jaime le diera
cuando á Orihuela atacamos?
pues en la lucha mezclóse;
y á fé que mas cintarazos
que dió en aquella jornada ,
y lances mas apurados ,
que los que tuvo aquel dia....
y luego, cual si saciado
no hubiese aun su deseo ,
en aquel terrible asalto
que dimos en Alicante
cuando la ciudad tomamos ,
todavía le contemplo
como salta del caballo
y corriendo á la muralla
y por la escala trepando ,
no bien á lo alto del muro
tocaba con una mano ,
que ya de pié sobre el mismo
blandía el acero impávido,
en redor de cráneos moros
sangrienta alfombra pisando.

Mendoza. Ciertamente, en Cataluña
ni en Aragon mas bizarro
no hay otro ni mas valiente.

Font. (Mirando á la izquierda.)
Señores, el secretario
del rey.

ESCENA II.

DICHOS Y MONTANER.

Mont. Guardeos Dios, señores.

Mendoza. Él guarde al capitan bravo.

Fluviá. Al terror de la morisma.

Font. Al gran Montaner.

Mont. Mas bajo :
en donde está el rey , tan solo
el rey es grande , D. Salvio.
Vengo en su nombre á deciros
que la corte hasta las cuatro
no recibirá.

Fluviá. Es decir
que estamos ya despachados
hasta esa hora.

Mont. Eso es.

Mendoza. Pues hasta dentro de un rato. (*Dándose la
mano.*)

Mont. Adios, señores.

Fluviá. D. Pedro... (*todos saludan
y se van.*)

ESCENA III.

MONTANER Y D. PEDRO.

D. Ped. Montaner.

Mont. Señor.

Pedro. Buscándoos
por todas partes estoy.

Mont. En este momento salgo
de la cámara del Rey
que me ha tenido á su lado
toda la mañana.

Pedro. Sí?

¿observasteis si pasando
vá el enojo?

Mont.

Yo, señor,
solo un momento enojado
aunque con razon le ví

Pedro.

Tambien vos?

Mont.

Señor, es claro :
si tan solo porque al cielo
plugo que salierais salvo
pudisteis salir con vida
de aquel horroroso asalto!

Pedro.

Ea, no hablemos mas de eso :
yo seré prudente y cauto.

Mont.

Debeis serlo.

Pedro.

Lo seré.
Pues os andaba buscando
porque hace ya nueve dias
que un correo se ha mandado
á doña Constanza, y nada
se sabe aun.

Mont.

No es extraño :
pensad, señor, que las vias
se hallan en muy mal estado,
y desde aquí á Barcelona....

(Suena un clarin el toque de marcha real.)

Pedro.

Callad ! el clarin !

¡ Dios santo !

Mont.

Persona real anuncia,
y resuenan en el patio,
tambien sobre las baldosas
las pisadas de caballos.
(Asomándose á una ventana.)
Es la princesa, señor.

Pedro.

Ah !

Mont.

Que entró ya en el palacio.
*(Se queda á la puerta saluda al pasar D.^a
Constanza y luego entra en la cámara real.)*

ESCENA IV.

D. PEDRO Y D.^a CONSTANZA.

Const. D. Pedro!

Pedro. Mi Constanza!

Const. Al fin piadoso el cielo
os devuelve á mi amor.

Pedro. Bella esperanza
que nunca abandonó mi pensamiento,
dulcísimo momento
que el alma toda llena
de celestial ventura, compensando
tan largos días de tormento y pena!

Const. Qué no llegara en mi dolor temia!

Pedro. ¡Cómo, mi bien! ¿dudasteis un momento
que tierno á vos mi corazón volviera?

Const. Es que, infeliz, el mío presentía
que volver no pudieseis...

Pedro. ¡Oh! quimera
hija de vuestro amor.

Const. Nó, no, D. Pedro:

la imágen de la guerra,
cuando á ella partís ¡ay! de repente
alzáse fiera en mi turbada mente,
y al paso que destierra
de mi pecho la calma,
de su antorcha fatal al brillo aciago,
los ojos de mi alma
ven del combate el horroroso estrago,
y en medio de él á vos, al amor mío,
inerte ya y el pecho traspasado,
junto al ensangrentado
cadáver de mi padre yerto y frío!...

Pedro. ¡Vuestro padre!

Const. Fué el rey cuya preciosa
sangre vertiera la traición impía!...

- del combate empapando las arenas...
- Pedro.* Si murió como rey, no de esa suerte
ha de sentir su muerte
quien tiene sangre suya entre las venas.
El llanto, pues, señora,
vuestro deber y calidad contenga :
la muerte de Manfredo no se llora...
- Const.* ¡D. Pedro !
- Pedro.* N6 : se venga !
sabed su hija ser, pues sois mi esposa.
La débil afliccion, Doña Constanza ,
ceda presto el lugar á los enojos
y seque el llanto en los hinchados ojos
el fuego abrasador de la venganza
- Const.* En franca y noble lidia
vencer su fuerte brazo no pudieron,
y allí con la traicion y la perfidia,
¡viles ! la falta de valor suplieron !
- Pedro.* Y asi vos todavía
pretendeis que mi brazo
abandone el acero,
y en el muelle regazo
de dulce amor se enerve y desfallezca
este del corazon aliento fiero?...
¿Quién, entonces, decid, volando airado
á Sicilia, su muerte vengaría
y de la frente del traidor osado
la usurpada corona arrancaría ?
Y ¿quién, de Dios cumpliendo el anatema,
justo, á un tiempo pondría
á vuestras plantas su cabeza impía
y en vuestras sienas la real diadema ?
Ninguno si no yo ! Plugo al destino
que á mí viniera el fúnebre legado
del guante ensangrentado
que arrojó del cadalso Coradino.....
- Const.* ¡Hermano fué de mi infelice padre !
- Pedro.* Y víctima asimismo de la saña

que en contra de su estirpe
el vil Anjou cobardemente entraña.
La herencia del derecho y el encono
nos toca á vos y á mí, doña Constanza :
para vos, de Sicilia en régio trono ;
para mí, de sus reyes la venganza.
Así, por siempre desterrad, señora,
ese del corazon indigno miedo
en quien es hoy princesa catalana
y es á la par la hija de Manfredo.
Mi amor es vuestra egida ;
y siendo de esta suerte,
antes le cumple que el guardar la vida
el arrostrar impávido la muerte.

Const. Sea, D. Pedro : nunca en vuestro oido
á sonar volverá la voz medrosa-
de mi doliente corazon herido !
Fuerte quereis que sea vuestra esposa...

Pedro. Digna de mí y de su linage digna.

Const. Serlo sabrá. Si concedió natura
al débil corazon escaso aliento,
yo de vuestro ardimiento
la fuerza tomaré que en él sofoque
la voz de mí dolor y mi ternura.
Pero pensad que no murió Manfredo ,
en franca lid por el de Anjou vencido ,
sino que por los suyos fué vendido
en la infame traicion que cometiera
el Conde de Caserta fementido !
Velad la traicion!..

Pedro. ¡ Tened la lengua !
solo de vos, señora, y por el celo
que mueve vuestro labio ,
oir pudiera tan injusto agravio
al suelo que pisais y tanta mengua !
Si vuestro padre entre los suyos pudo
ver un traidor que encadenó sus bríos ,
la lealtad de los míos

escrita ved en su semblante rudo :
al combate sañudo,
solo valientes siguen y leales ;
el pendon limpio que mi mano empuña ,
valor no mas y lealtad despierta ;
un conde de Caserta
no cabe en Aragon ni en Cataluña.

ESCENA V.

DICHOS Y MONTANER.

- Mont.* Señor , el Rey y la reina
en la cámara os aguardan.
- Pedro.* Vamos, que abrazar querrán
á su hija amada, Constanza.
(D. Pedro la toma cariñosamente de la mano conduciéndola á la cámara real.)
- Mont.* Es mucho imperio el que ejerce
sobre cualquiera á quien habla :
ni mas ni menos que el padre ;
¡ poder de las grandes almas !
Al menos ya que sucumba
de la muerte á la guadaña
el rey D. Jaime que el término
toca ya de la jornada ,
dejará un rey á Aragon
grande y digno de su raza.
- Ugier.* D. Pedro, aquí un caballero
que de llegar ahora acaba
diz que trae para el rey ,
de Castilla una embajada.
- Mont.* Sí , será el representante
que D. Alfonso nos manda
y el infante D. Manuel
para dejar acordada
la particion de las tierras
á los moros conquistadas.
Que pase. Segun parece

la tarea terminada
tiene ya el rey.

ESCENA VI.

MONTANER Y EMBAJADOR.

Embaj. ¡Montaner! (*Tendiéndole la mano.*)

Mont. ¡Señor D. Gabriel! el alma (*Estrechándola*)

siente una doble alegría
al ver que mision tan alta
á tan noble caballero
Castilla y Leon encargan,
pues vuelve con tal motivo,
á estrechar la mano brava
que contra el moro blandiera
tan hábilmente la espada
junto al pendon de Aragon
y las barras catalanas.

Embaj. No es menos grande mi dicha
ni menos grata la causa :
la amistad que se establece
en medio de la campaña
corriendo el comun peligro
y al par sufriendo las largas
privaciones de la guerra,
es una amistad mas franca
como en sus lazos distinta
de la que nace en la calma
de la villa ó la ciudad.

Mont. Así es.

Embaj. Como que se guarda
el recuerdo de las penas
mas que el de las horas gratas.

Mont. Aunque nuestras penas fueron
en todas nuestras jornadas,
seguidas siempre del lauro
de la victoria alcanzada.

- Emb.* Es verdad ; nunca Aragon
dejó en la lid de alcanzarla.
- Mon.* Ni Castilla, D. Gabriel.
Pero quizá terminada
que en breve quede anhelaís
vuestra mision, y la estancia
vuestra aquí será mas libre
y podreis mejor gozarla.
- Emb.* Será breve á pesar mio
pues á la corte me llaman
otros asuntos.
- Mont.* Lo siento.
Mas el rey tiene acordada
la particion, segun creo,
y quizás esta mañana
os la presente. Hacia aquí.
(*Mirando á la izquierda*)
viene ahora.
- Emb.* Y le acompaña
el infante.
- Mont.* Sí, ellos son.

ESCENA VII.

DICHOS EL REY, D. PEDRO.

- Mont.* Señor, este caballero
es el noble mensagero
de Castilla y de Leon.
- Emb.* La espresion de afecto fiel
de mi rey y soberano
como de su augusto hermano
el infante D. Manuel
hacia la persona real
del monarca de Aragon
forma aquí de mi mision
el objeto principal.
- Rey.* Con favor tan señalado

yo admito esas espresiones
que estrechan de ambas naciones
el lazo noble y sagrado.

Así mismo os llevareis
la de mi afecto constante,
que así al rey como al infante
de Castilla volveréis.

Hecha ya, por duplicado ,
en estos rollos se marca
(Indicando los que tiene en la mano)
la espresion de lo que abarca
el terreno conquistado.

Teniendo en cuenta y razon
lo que empleó cada cual,
vereis si justa y leal
se hizo la particion.

Emb.

Señor...

Rey.

(Estendiendo los rollos sobre la mesa y ha-
ciendo seña al Embajador para que pu-
se á ecsaminarlos.)

Ved ; á D. Manuel

le tocan el valle de Elda,
Elche, el valle de Novelda,
el pueblo de Aspe y Petrel ;
y de Murcia la ciudad,
con todo su resto, es ley
que vaya á poder del rey
de Castilla

Embaj.

Perdonad

una observacion, señor ;
si asi el reino adjudicais,
¿ qué, entonces, le reservais
al primer conquistador ?
De ese reino conquistado
¿ qué resta al que la victoria
decidió ?

Rey.

Resta la gloria
de haberlo al moro arrancado.

Embaj. Perdóneme vuestra alteza ;
en la mision con que vengo
facultad no sé si tengo
para admitir tal largueza ;
pues tal generosidad
hasta cierto punto humilla
la dignidad de Castilla...

Rey. De nadie la dignidad
en esta cuestion padece ,
y bien puede, sin mancilla,
tomar el rey de Castilla
lo que el de Aragon le ofrece.
Una hija mia su mano
dió de Castilla al Infante,
la otra , doña Violante ,
al monarca castellano ;
y el escrúpulo de fijo
demas está en la cuestion :
yo doy eso á una nacion
dó reina un rey que es mi hijo.
Tomad , pues , el protocolo
sin escrúpulo y firmad
este otro.

Embaj. Ya terquedad
fuera el replicar tan solo.
(*Firma, toma uno de los rollos y vuelve de-
lante del rey.*)
Señor, al partir, renuevo
de mi rey y del Infante
de Castilla, la constante
espresion de amor.

Rey. De nuevo
la amistad mia á los dos
y el cariño presentad.

Embaj. Señor, vuestra mano (*hincándose de rodillas*)

Rey. (*presentándosela*) Alzad

Embaj. Que el cielo vele por vos. (*Vase acom-
pañándole Montaner*).

ESCENA VIII.

REY Y D. PEDRO.

Rey. Intereses sagrados hoy, D. Pedro,
lejos de aquí reclaman mi presencia,
y por tanto, que deje es necesario
mi autoridad real en un Vicario-
Procurador del reino de Valencia.
Tan alto empleo y dignidad tan alta
que al elegido en otro yo convierte,
en uno solo de mis nobles cabe;
y siendo de esta suerte,
el noble á quién elijo,
es el Infante de Aragon, mi hijo.

Pedro. Señor.....

Rey. A vos tan solo corresponde
llenar el puesto que en mi ausencia dejo,
la autoridad real y soberana
en el reino tomando
cuya corona ceñireis mañana.
Pero pensad, D. Pedro, que esta tierra
do brilla ya de nuestra fe la llama,
al moro la arrancó la espada mia,
no para otro rey moro, cual un día
hiciera el Cid en mengua de su fama;
sino que á mi corona
uniéronla mis manos
para ser cual es hoy, y ha de ser siempre,
del dominio de príncipes cristianos.

Pedro. No os entiendo señor...

Rey. Que vuestra gente
ni vos traspaseis nunca la frontera;
y si el moro invadiera
el reino osadamente,
rechazad enviándole las vuestras,

de sus legiones el furioso embate,
mas prohibo, D. Pedro,
el que vos os mezeleis en el combate.

(*Movimiento de D. Pedro.*)

Valientes y entendidos capitanes
teneis á quien mandar, con ellos basta.

Pedro. Señor.....

Rey. Sois jóven y á menudo os ciega
vuestro propio ardimiento en la refriega,
y en derrota volver el triunfo pueden
el brio y el corage
si á la prudencia del que manda esceden.
Tenedlo así entendido
porque cumplirlo es fuerza.

Pedro. No temais que mi empeño,
contrario á vuestra voluntad, la tuerza;
mas señor...

Rey. Qué pensais?

Pedro. (*Con timidez.*) Es que contemplo,
aunque esa orden mi respeto acata,
que en vos jamás he visto tal ejemplo.

Rey. (*Con gravedad.*)

De vos ahora, no de mí se trata.

Pedro. Padre y señor, sereis obedecido.

Rey. El reino que á vos dejo encomendado,
no al ardoroso brio
del bizarro soldado
ni del valiente campeon lo fío;
sino de un rey á la prudente calma,
que la palma brillante de la guerra
no anteponga á la palma
del celoso gobierno de su tierra.
La justicia por norte,
que ella no mas impere en vuestros fallos;
la ley es lo primero
y ante ella iguales, de la ley vasallos,
sean lo mismo el noble que el pechero.
Pensad que las naciones

grandes familias son á cuyo frente
los reyes puso Dios, y distinciones
el padre solamente
en la familia debe concederlas
al hijo que ha sabido merecerlas.
Vuestra atencion y celo en este ejemplo
tened, D. Pedro, fijos;
un rey no es mas que un padre,
pero un padre que tiene muchos hijos.
Jamás á vos sujetos
tenerlos pretendais con otros lazos
que los de amor, y del respeto unidos:
la fuerza rompe el hierro;
mas no hay fuerza
que rompa lazos por amor tejidos.
Así querido siempre
sereis y al par de todos respetado;
que la gloria de un rey no es ser temido,
sino el ser de sus pueblos adorado.
No lo olvideis, y cuando llegue el dia
de que el Rey de los reyes á sí os llame,
será á vuestra agonía
bálsamo dulce el llanto que derrame
el pueblo en torno á vuestra tumba fria:
que aunque á rey y vasallo de igual suerte
llega en el mundo la postrera hora,
en el momento triste de la muerte,
¡dichoso el rey á quien su pueblo llora!

ESCENA IX.

DICHOS Y MONTANER.

Mont. Señor.....

Rey. Pasad.

Mont. La respuesta
que el rey de Tunez ha dado
aquí en este pergamino

tenemos ya.

Rey. Al fin y al cabo responde. ¿Pero llegó con la respuesta Conrado?

Mont. De llegar acaba y él es quien de Africa la trajo.

Rey. Romped el sello y leed.

Mont. ¡Que es lo que veo, Dios santol!

Rey. Vamos á ver?... qué teneis?

Mont. Señor...

Rey. Decid.

Mont. Que no alcanzo; ó, mejor, que no me atrevo á traducir este atajo de irreverencias é insultos que contiene este menguado pergamino.

Ped. ¡Cómo!

Rey. (Asombrado.) ¡A mí!
El rey de Tunez!... Veamos: sin nimiedad, en conjunto ¿qué es lo que dice?

Mont. Que el pago del tributo, si es verdad que lo ofreció, fué obligado por circunstancias...

Rey. ¡San Jorge!

Mont. Mas hoy, que es distinto el caso, y que si Aragon lo quiere, que á Tunez vaya á cobrarlo.

Rey. Con que, eso responde?

Mont. Y mas que á traducir yo no alcanzo.

Rey. ¿Está en palacio el de Llanza? En el momento llamado. (*Vase Mont.*)
Rey fullero, que empleaste ardides antes tan bajos, para faltar luego innoble

á la fe de lo jurado;
yo por la mia te juro
que ha de enseñarte un cristiano
como se cumplen palabras
y se hacen cumplir los pactos!

ESCENA X.

DICHOS, MONTANER, CONRADO DE LLANZA.

(Conrado hinca la rodilla y besa la mano al rey.)

Rey. Alzad.

Don Pedro, escuchado
habeis cual se nos atreve
en esa respuesta aleve
que el rey de Tunez ha dado:
pues bien; á tanta malicia,
si vos fuerais aquí el rey,
bajo qué forma ó qué ley
os hicierais la justicia?

Ped. Yo, á quien así me mintiera,
con un cordel le ahogara
para que ejemplo quedara
y él nunca á mentir volviera.

Rey. Conrado, lo habeis oido:
gente y galeras tomad
y sobre Tunez volad
contra ese rey fementido.
Y pues ya le conoceis
tan avaro de su oro,
á las puertas del tesoro
le colgais cuando llegueis.
Luego la régia corona
á su hermano conferid,
doble el tributo exigid
y volved á Barcelona.

(Conrado saluda y vase.)

ESCENA XI.

DICHOS MENOS CONRADO.

- Rey.* Montaner, sin dilacion
disponed lo concerniente,
pues que salgo prontamente
al Concilio de Lion.
- Mont.* Señor, perdonad, si osado,
espongo una opinion mia;
ved que Aragon todavía
no fué al Concilio invitado.
- Rey.* Ya le invitarán; razon
no hay para dejarle fuera,
y tal le sucediera... (*energía.*)
fuera al Concilio Aragon.
De generales cuestiones
entre príncipes cristianos
tratarán los soberanos
de las primeras naciones
que en Lion convoca Roma;
y la entrada, de esta suerte,
la nacion que es digna y fuerte,
si no se la dan... la toma.
Que su derecho no viene
de títulos que le den;
su derecho está mas bien
en la fuerza que en sí tiene.
Siendo así, nada os importe (*con desprecio.*)
eso de la invitacion:
al Concilio va Aragon.

Mont. Bien señor.

Rey. Pase la corte.

El rey se sienta en el trono y D. Pedro en un sillón mas bajo, que habrá á la izquierda del rey. Entran los cortesanos y pasan besando la mano al monarca, siendo el primero Montaner.

ESCENA XII.

DICHOS, FLUVIÁ, ROCAFORT, FONTANELLAS, MENDOZA, CON-
RADO Y CORTESANOS.

Rey. Barones y ricos homes,
señores y caballeros
de mi reino de Valencia;
sabed que de este momento
la suprema autoridad
de Procurador del reino,
durante la ausencia mia,
espresamente confiero
al infante de Aragon,
mi amado hijo D. Pedro.
Así tendreislo entendido
para en todo obedecerlo.

*Baja del trono y se ponen á su lado D. Pedro y
Conrado.*

Ahora, vos, en Valencia, (*á D. Pedro.*)
cual otro rey en su reino:
Yo al Concilio, vos Conrado,
sobre Tunez al momento.

(Entra en la cámara y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio real de Valencia, adornado al gusto de la época: puerta grande al fondo: dos á la izquierda y una á la derecha; la primera de la izquierda conduce á la cámara del rey, la segunda á las habitaciones de D. Pedro, la de la derecha á la cámara de la reina: ventana en primer término de la derecha.

ESCENA I.

FONTANELLAS, FLUVIÁ, ROCAFORT, MENDOZA.

Fluo. Pues señor, mal el asunto
contemplo, y me dá muy mala
espina la enfermedad
del rey.

Rocaf. Fuera gran desgracia;
mas, señores, yo aun le veo
con valor y alma sobrada
para resistirla.

Fluo. Sí;
pero la cuestion no es de alma
sino de cuerpo, y las fuerzas
á una edad tan avanzada
flaquean: en este mundo
ninguno de viejo pasa.

Rocaf. Es cierto.

Mend. A lo menos hoy
está el reino en paz y calma;
que, de otro modo, si fuera
como antes de conquistada
la tierra de Murcia, entonces
no poco nos agobiára
su enfermedad; y aun hoy mismo
si á olerla el moro llegára.....

Font. No habéis muy alto. (*Con intencion*)

Flw. Pues qué...?

Font. Yo no diré que la causa (*Con ministerio*)
sea esa misma, si es cierta
la noticia.....

Flw. Fuera chanzas
en asuntos de tal género:
dad una esplicacion clara
y sepamos si es que hay algo.....

Font. Yo no diré que lo haya,
que estas, señores, son cosas
que uno antes de asegurarlas
es preciso que las mire;
mas me han dicho esta mañana...
no lo digo yo.....

Flw. Adelante.

Font. Que una legion nada escasa
de moros ha penetrado
por la Andalucía baja...

Mend. ¡ Como !

Font. En el reino de Murcia.

Flw. ¿De veras? Yo me alegrara.

Font. ¿Por qué? Yo no lo comprendo,
hallándose como se halla
enfermo el rey.

Flw. Me parece
que porque se halle el monarca
enfermo, no han de mirarse
inmóviles como estátuas
sus soldados como viene

con sus manos muy lavadas
á tomar la tierra el moro
que una vez le fué arrancada.

Font. Eso no, voto á San Jorge!
á la verdad, mucha falta
haría el rey, pero de eso
á decir que se dejaba
de batir, cual se hizo siempre,
al moro, va gran distancia:
yo no pude decir eso;
mas vos, ¿por qué os alegrarais?

Fluv. Yo en primer lugar porque
se han pasado hartas semanas
sin esos trotes magníficos]
que uno hacia dar y daba.

Font. Esa razon la tenemos
todos aquí; no se trata
de esa pues, sino de la otra,
si la hay.

Fluv. Y salta á la cara:
porque así hubiera un pretesto,
ya que ellos á nuestra casa
vinieran á provocarnos,
de ir siguiéndoles muy franca
y bonitamente sin
que nos parásemos hasta
llegar á la rica perla
de Andalucía, á Granada,
sin atender á mas límites
ni condiciones pactadas.

Font. Ah! como esto sucediese,
entonces sí que sanaba
el rey, cuyo único sueño
es el poder conquistarla.

Fluv. Con la noticia tan solo
que le diesen de que estaba
facultado para ello
sanaría. No tardára

mucho entonces en cumplirse
en sí mismo, y fuera exacta
su prediccion, de que un rey
de Aragon ha de ganarla.

ESCENA II.

DICHOS Y MONTANER, QUE SALE DE LA CÁMARA DEL REY.

Mont. A dios señores. (*Todos se inclinan*).

Font. El rey...

Mont. Mal! por momentos se agrava
la enfermedad, sin embargo
saber quiso esta mañana
de los nobles caballeros
que por su salud se afanan,
el nombre.

Fluv. Vos le habeis dicho.....

Mont. El de todos.

Mend. Ah, mil gracias:
tenga al menos su dolor,
ya que mas allá no alcanza
nuestro cariño, el alivio
de saber cuanta es el ansia
de sus leales servidores
por tan dolorosa causa.

Font. Os servireis repetirle
la espresion mas noble y franca
de nuestra adhesion, diciéndole
que nuestras preces al alta
misericordia elevamos
por su preciosa y amada
vida.

Mont. Señores fielmente
al rey serán trasladadas
vuestras nobles intenciones.

Fluv. Don Ramon..... (*En ademan de irse.*)

Mont. Quizá importará

que no os alejarais mucho
de palacio.....

Fluv. En él aguarda
nuestra lealtad siempre firme
si en palacio es necesaria.

Mont. Es que tal vez hoy hubiese
que comunicaros rápida
alguna órden.

Font. Que os dije..... (*ap. á Fontanellas.*)

Rocaf. Con efecto. (*id. á Rocafort.*)

Mont. En la inmediata
estancia esperar podeis.

Font. Don Ramon, en ella aguarda
nuestra lealtad.

Fluv. Ya no hay duda.....
el moro á la puerta llama. (*Vanse.*)

ESCENA III.

MONTANER SOLO.

Mont. Apurada situacion
es hoy la mia por cierto:
el moro de Andalucía
ínvade de Murcia el reino
en tanto que el rey D. Jaime
está en el lecho muriendo.
Si lo digo al rey, le mato
con la noticia: no puedo
comunicarla tampoco
al Infante, que al momento
sobre el moro volaria;
el rey le echára de menos,
y entonces seria fuerza
mentirle con un pretesto
que no perdonara nunca
á mi lealtad... Ah! que el cielo

me ilumine y un camino
me dé en este atolladero.

Ah! ¡La Reina!

(Al dirigirse
á su cámara.)

ESCENA IV.

REINA Y MONTANER.

Reina. Montaner!

Mont. Señora, en este momento
iba á ver á vuestra alteza.

Reina. Pues qué ocurre?

Mont. A un mismo tiempo
muchas cosas.

Reina. Explicaos,
Montaner.

Mont. Es lo primero
que el rey quiere levantarse
de todos modos del lecho.

Reina. Estando...

Mont. Peor que nunca!

Reina. ¡Cielo santo!

Mont. Y ni de médico
las poderosas razones,
ni las súplicas ni ruegos
que yo empleo por mi parte,
bastarán á detenerlo
en su propósito.

Reina. Y qué
dice el físico?

Mont. Que si esto
hace el rey, él no responde
de su vida.

Reina. Ah!

Mont. No hay mas medio
de detenerle, señora,
que el que vos con vuestro asenso
procureis el disuadirle

de tan peligroso empeño.

Reina. Ah! sí, sí! yo ire al instante.

Mont. Un momento deteneos,
pues otra muy grave nueva
tambien anunciaros debo.

Reina. Ah! es verdad, ya me olvidaba
de que no era solo eso
lo que decirme debiais:
decidme, pues, decid presto.

Mont. Lo otro, señora, es que el moro...

Reina. ¡Ahora el moro! ¡Dios eterno!
Mas decid.....

Mont. Señora, en tierra
de Murcia ya le tenemos.

Reina. ¡Y en qué ocasion, cielo santo!
De esta nueva, por supuesto,
nada sabrá el rey?

Mont. Oh! nada.

Reina. Bien. ¿Y D. Pedro?

Mont. Un secreto

es para ambos todavía
pues creí deber tenerlo.

Reina. Bien, Montaner, habeis sido
cuanto debiais discreto:
seguid con igual reserva.....

Mont. Fíad en mí.

Reina. Y en el momento,
llamad á los capitanes.....

Mont. En palacio están

Reina. Pues luego
que en esta sala reunidos
me aguarden; en tanto vuelo
al lado del Rey.

Mont. Señora,
quiera inspiraros el cielo.

ESCENA V.

MONTANER , LUEGO FONTANELLAS , FLUVIÁ , ROCAFORT,
MENDOZA.

Mont. De la Reina bien se deja
adivinar el intento,
mas lo que miro difícil
en palacio, es que guardemos
el secreto muchos dias.
Y como el Rey á saberlo
llegue, ó el infante , entonces
no sé como del aprieto
vamos á salir; en tanto
lo que importa es que á lo menos
pueda conseguir la Reina
detener al Rey. Llamemos
á estos señores. ¡Fluviá! (*A la puerta.*)
Fontanellas! Aquí veros (*Entran.*)
desea á todos reunidos
la reina, y la órden tengo
de llamaros.

Fluo. De la reina
siempre al mandato dispuestos,
aquí nos teneis á todos.

Mont. Que tarde en salir no creo.

Mén. Montaner, en confianza,
ser no quisiera indiscreto...

Mont. Pues si serlo no quereis
que no preguntais os ruego.

Men. (*Resentido.*) Perdonad, mas...

Mont. Dispensadme
que en nada quise ofenderos,
y solo manifestaros,
vuestra pregunta previendo,
que en este momento aquí
responder á nada puedo.

Fluv. ¡La Reina!

Mont. ¿Qué conseguisteis? (*A ella.*)

Reina. Que nada alcancé, me temo!

ESCENA VI.

DICHOS Y LA REINA.

Reina. Señores, he llamado
vuestro valor aquí, y vuestra hidalguía
porque nunca cual hoy servir podía
al rey y al reino en su apremiante estado.

Fluv. Sabeis, señora, que con vida y alma
á tan santos objetos nos debemos.

Reina. Lo sé, y por eso á vuestro brio acudo
en el afan que el corazon inflama;
en defecto del rey la reina os llama,
y la voz del impávido guerrero
para lanzaros al combate fiero
suple el acento de la débil dama.

Fluv. Hablad, señora, nobles y leales,
del rey la voz en vuestra voz oímos,
y pues que vuestro acento
la palabra combate aquí pronuncia,
sepa nuestro ardimiento
donde el combate vuestro labio anuncia,
y cual se lanza ardiente á la pelea
nuestra lealtad y brio,
presto, señora, vuestro anhelo vea.

Reina. Pues bien, el punto que mi afan señala
y á do mi voz os guia,
es de la misma Murcia la frontera,
límite de la infiel Andalucía.

Fluv. ¡Cómo! quizás el moro ha penetrado.....

Reina. En esa misma tierra
de la cual con vergüenza fué arrojado
por aquel brazo fuerte
que ya quizás no teme, pues le mira

hoy en el lecho del dolor, inerte!....

Fluv. ¡Vive Dios que en mal hora
imaginarlo pudo,
y caro ha de pagar el desatino
ya que en su torpe cobardía ignora
que si el primer soldado
hoy falta en la pelea, señalado
de la victoria nos dejó el camino.

Reina. ¡Bajo, Fluvíá!

Fluv. Oh! perdonad, señora,
si el justo enojo que mi alma siente
contener ante vos no pudo el labio.

Reina. Lo comprendo, Fluvíá, y no es á fé mia
que calmarlo pretenda,
sino que aquí es preciso
que nada el rey de cuanto pasa entienda.

Mont. Ni el infante.....

Reina. Eso es. Con gran sigilo
las huestes disponed y en el silencio
de la callada noche
presto sobre el infiel caeis con ellas... (*don
Pedro asoma á la puerta segunda derecha*)
y entre tantas que el sol vivo alumbrara,
otra victoria alumbren las estrellas,

Fluv. Así será; cual lobos carniceros
entraron esta vez en nuestra tierra;
sea pues nuestra guerra
cual la caza del lobo en la espesura,
mas cierta en noche oscura
que del sol á los vivos resplandores.

Mont. El infante!....

Reina. (¡Callad!..) Bravo, señores.
Plácenme á la verdad esas historias
y esos rasgos sublimes
que nuevo brillo dan á nuestras glórias:
merced á vuestro arrojo,
en apartado suelo
su oprobio el moro y su vergüenza llora!..

Allá piadoso el cielo
largos días inerte le mantenga
sin permitir que venga
á aumentar hoy nuestro pesar y duelo!...

Y si lo permitiera
Dios en sus altos juicios,
segura estoy que vuestra bizzarria,
viendo del rey el doloroso estado,
su lugar en la lid llenar sabria!...

Fluv. Su nombre venerado
supliera á su presencia en el combate,
y á su saber, el corazon que siempre
con la esperanza de su triunfo late!...

Rein. Y le alcanzára si...

Fluv. Ah! yo os lo juro
por la salud del rey...

Rein. Si sucediera
hálsamo dulce de salud le fuera...

Fluv. (Con fe y resolucion.)
Tendrálo pues... oh! sí.

Rein. (Interrumpiéndole temerosa de que comprenda el infante el sentido de lo que dicen.)

Mas olvidamos
que es mero suponer lo que decimos.

Fluv. (Comprendiendo la intencion de la reina.)
Es verdad.

Rein. Mas, en fin, de todos modos
las gracias en su nombre
os dá la reina á todos...

que la intencion que encierra...
no la palabra es lo que Dios acoge;
mas ya que paz tenemos, y no guerra,
id por el rey... á suplicar al cielo,
en tanto que yo voy á presentarle
tan fieles prendas de leal anhelo.

(á Montaner.)

Vigilad al infante!....

Mont. A vigilarle

quedo. (*Vanse todos.*)

Los caballeros salen, saludando al pasar á D. Pedro, siendo el último Fluvía á quien el infante detiene. Montaner se queda en acecho á la puerta de la cámara izquierda.

ESCENA VII.

FLUVIÁ Y D. PEDRO.

Ped. Fluvía!...

(*Fluvía llega temeroso.*)

Fluv. Señor...

Ped. A un caballero,
una pregunta, que oireis, dirijo:
de su nobleza la verdad espero
y la verdad de su lealtad exijo.

Fluv. Señor...

Ped. Decid, ¿de qué en este momento
con la reina se hablaba,
y que importante asunto
aquí vuestro ardimiento
encendia á tal punto,
y vuestros nobles brios exaltaba?

Fluv. Señor...

Ped. Decid.

Fluv. Si hicisteis la pregunta
á quien noble nació y es caballero,
no así de su nobleza
la respuesta exijais clara y segura
que no os la diera aquí su lealtad pura
sino su vil y pérfida bajeza.

Ped. Fluvía! (*Con fuerza.*)

Fluv. Señor... (*Con humildad.*)

Ped. (*Moderando el tono*) En tan crítico trance
poner vuestra nobleza no pretendo,
que debais, para serme fiel y noble,
ser con la reina desleal é innoble.

Fluv. (Todo lo oyó.)

Pedro. Mas lo que pasa entiendo
pues algo he percibido.
Tal vez se ha recibido
la nueva de que el moro ha penetrado
en Murcia, y atendido
el estado del rey, os ha llamado
en secreto la reina, que recata
de mí tambien la nueva.....

Mont. De Fluviá en el semblante (*desde la puerta*)
lo que D. Pedro dice se retrata....

Fluv. Permitidme señor..... (*Queriendo irse*)

Pedro. Solo un instante
os detengo. Decid, ¿sabeis quién lleva
el mando superior de las legiones?

Fluv. Ignoro..... (*confuso*)

Pedro. Es el Infante
de Aragon.

Fluv. ¡Vos, señor..!

Pedro. ¡Os maravilla!...
¿Y pudisteis pensar que yo os dejara
consintiendo á mi nombre tal mancilla?..
Id, y á todos decid que á vuestro frente
irá en nombre del rey su hijo don Pedro.

Fluv. Perdonadme, señor, del rey en nombre
que lo contrario ordena á vuestro brio....

Pedro. Si escrúpulo teneis, yo no me arredro;
(*con energía*)
decidles, pues, que voy en nombre mio.

Fluv. Bien, señor.

Pedro. Prontamente!
de Murcia en el camino
apréstese y aguárdese la gente:
(*Llamando.*)

Hola! (*Sale un ugier.*)

Al potro andaluz color de fuego
que atrás el viento en la carrera deja,

el arnés de batalla poned luego:
disponed con premura
mi lanza de combate y mi armadura,
y vivo como el lampo
volved en el momento
que esté para volar con ella al campo.
(*Vanse Fluvia y el ugiér.*)

ESCENA VIII.

D. PEDRO: LUEGO LA REINA Y D.^a CONSTANZA.

Pedro. Quisisteis bien en vano
de la impaciencia mía
recatar esa nueva que tan presto
adivinar mi corazón debía.
¡La reina! (*Se asoma á la ventana.*)

Reina. Allí le veo; por fortuna
le encuentro todavía.

D. Pedro!

Pedro. (*Como distraído.*)

¿Quién? (*Volviendo la cabeza é inclinándose ante la reina.*)

Señora...

Reina. ¿Os sorprendisteis?

Pedro. Lo confieso, embebido
estaba contemplando la riqueza
de este campo y preciosas maravillas
con que viste del Turia las orillas
la pródiga y feraz naturaleza.

Reina. ¡Cuántas veces en ellas,
bajo su sombra amiga,
su perfumado ambiente
acarició del rey la augusta frente,
dulce consuelo dando á su fatiga.
Mas ¡ay! su hermoso suelo
quizá á pisar no volverá su planta!....

Pedro. Confíemos siempre en el piadoso cielo

que nunca al rey abandonó.

Reina. Ay! es tanta
su pena y agonía,
que en vano de su espíritu la fuerza
al débil cuerpo levantar ansia!
Vos no le abandoneis...

Pedro. (¡Ah!) Yo, señora...

Reina. La desdichada hora
en que vos le dejaseis, moriría.

Pedro. Pero.....

Ugier. (A la puerta con la armadura y la lanza)
Señor, dispuesta...

Pedro. (Con ira). ¡Calla, torpel

Reina. (Después de una breve pausa)
Decid, ¿qué significa
reproche tan violento,
y qué misterio encierra
vuestra armadura aquí en este momento,
cual si partir debierais á la guerra?

Pedro. Mentiros no sabría.....

Reina. Tan inútil
para mí cual de vos indigno fuera...
que harto dicen aquí en estos instantes
la armadura y la lanza que pedisteis...
Recatado anduvisteis.....

Pedro. Como de mí se recataron antes.

Reina. Con que pensais partir....?

Pedro. Así lo intento.

Reina. En vano será pues.

Pedro. ¡Cómo, señora...

Reina. ¿Y os sorprende? Olvidais desatentado
del rey el triste estado
y del padre á la vez que cuando vea
que su orden no se acata
el ansia á un tiempo y el dolor le mata?

Ped. Puede ser (no lo permita el cielo!)
que por mi ausencia la ansiedad le mate;
mas ¡ay! si en este, en el primer combate

que sin él y sin mí, rudo comienza,
contraria á nuestras armas es la suerte,
ved que mas triste aun será su muerte,
porque entonces se muere de vergüenza!..

Rein. Oh! no sucederá, no.

Ped. Dios lo sabe.

Rein. No, y vos no partireis.

Ped. Partir yo debo.

Rein. Don Pedro, en vos no cabe
á vuestro padre y rey tal rebeldía
que vuestro nombre y lealtad desmiente.

Ped. Al contrario, señora, pues la ordenan
mi nombre á un tiempo y la conciencia
(mia:

que aunque parezca que á mi amor no cua-
si D. Jaime un momento, (dre,

al dictar semejante mandamiento
olvidó que era rey para ser padre,

en este ejemplo fijo,

yo, en contraria razon,

olvido que soy hijo

para ser el infante de Aragon.

*(Doña Constanza aparece en la puerta de-
recha.)*

Rein. Con que á vuestros deseos
valla alguna se opondrá?...

Ped. A mi deber ninguna.

Rein. Entonces, atreveos
á traspasar la valla
que ante vos, vuestra madre y reina pone.

(Se coloca delante de la puerta.)

ESCENA VIII.

DICHOS Y CONSTANZA.

Cons. D. Pedro deteneos!
por mi vida y mi amor.

Ped. (A doña Const.). Presto, señora,
vuestras promesas olvidais... oidme:
—Fuerte quereis que sea vuestra esposa...
—Digna de mí, y de mi linaje digna...
—Serlo sabrá...

Cons.

¡Ah!

Ped.

Pues verlo importa ahora.

(A la reina.)

Oh! no temais que á tanto
con vos, mi madre y reina, yo me atreva...
Madre y reina! es verdad,
mas, en tal suerte,
para que bien os cuadre
uno de esos dos titulos, señora,
ved cual de entrambos abdicais ahora,
que no caben los dos; ó reina ó madre.
Sí madre, enhorabuena:
de vuestro amor entre los dulces lazos
al hijo retened, y á vuestra pena
las lágrimas sucedan de alborozo
que bañen sus mejillas dulcemente,
aunque la negra mancha
del oprobio no laven en su frente!...

Reina. ¡Callad!

Ped.

Pero, si reina,

la voz de vuestro amor en vuestro pecho
sofoque el grito del deber sagrado;
y pues la guerra á nuestras puertas llama,
que á la guerra dejad parta el soldado.
Y no queráis que en la futura historia
el amor de la madre y la ternura
empañen de la reina la memorial
Libre sois ya.

Rey.

Cons.

¡Ah!

Rey.

Partid.

Ped.

¡A la victoria!
(Vase.)

ESCENA IX.

REINA Y CONSTANZA.

Cons. (*Lanzándose á la puerta.*)

¡D. Pedro!

Reina. (*Oponiéndose*) Deteneos.

Cons. ¡Ah! (*llora.*)

Reina. No lloreis.

Cons. Decisme que no lloro
sofocando el dolor en que me aflijo,
y es mi amor y mi esposo es el que partel...

Reina. ¿Y acaso no es mi hijo?

¿O creéis por ventura,
á vuestra pena y ansiedad juzgando
mis palabras estrañas,
que así cual vuestro corazón le sigue
rotas tras él no siguen mis entrañas!

Cons. Perdonadme señora...

Reina. Resignarnos
preciso es á nuestra triste suerte
y ante el deber matar el sentimiento!...
Sed pues, cual yo, D.^a Constanza, fuerte.

Cons. Tras él voy á partir.

Reina. ¡Débil criatura!

Cons. ¡Débil!

Reina. Para afligirle
con vuestra triste pena y agobiarle!....

Cons. Si fuerte hube de ser para dejarle,
fuerte he de ser también para seguirle.

Mont. (*asomando á la puerta de la cámara y vol-
viendo á entrar en ella para acompañar al
rey.*)

El rey.

Cons. }
Mont. } ¡El rey! (*Se detienen*)

ESCENA X.

DICHAS, EL REY Y MONTANER.

El rey sale sentado en un sillón que llevan dos criados, acompañándole Montaner: aquellos le dejan en medio del teatro y luego se retiran.

Reina. Al fin, señor, quisisteis
levantaros del lecho.....

Rey. Sí; y en verdad que aquí respira el pecho
mas ancho y desahogado
que en el lugar estrecho
donde en vida me hallaba sepultado

Reina. Mas entended, señor, que esto pudiera
agravar vuestro estado...

Rey. *(Con calma.)*
Y á tal punto quizás que sucediera
la muerte?....

Reina. *(Oh Dios.)*

Mont. No tanto.
Señor.....

Rey. Es que tampoco
al presentarse me infundiera espanto.

Mont. Y cómo á quien en tantas ocasiones
la viera tan de cerca?....

Rey. Ciertamente;
y en lances tan distintos,
que no quisiera que mi mala estrella
así... y en medio de esta fria calma
me hiciese ahora tropezar con ella.
Que es triste á la verdad y cosa fuerte
ya que uno ha de morir, estar contando
los instantes que pasan, esperando
á que llegue el postrero de la muerte.
Mas, qué espresion estraña
en el rostro de todos hoy contemplo?

Reina. No sé, señor...

Rey. Oh! sí, cual si del alma
retratara el semblante
cierta profunda agitacion...

Reina. La calma
del corazon que os mira así doliente,
comprendereis, señor, que es imposible
en quien de veras vuestros males siente.

Rey. Será que yo no vea...
la gravedad del mal, pues que le tengo?

Mont. Abandonad, señor, tan triste idea.

Rey. Montaner, he tenido
siempre una ciega fé en vuestra nobleza,
pues nunca habeis á vuestro rey mentido.

Mont. Nunca señor.

Rey. Pues respondedme ahora:
la causa de esa especie de tristeza
que observo en vuestros rostros y que en
pretendeis ocultar en mi presencia, (vano
sin miedo y sin escrúpulo decidme,
¿está en la gravedad de mi dolencia?

Mont. Ah! no, señor.

Rey. Vuestra palabra creo....
y, entonces, no adivino
la estraña sensacion que en todos noto.....

Ugier (con un pergamino sellado que da al rey.)
Señor, con grande urgencia
viene este pergamino
del alcalde de Lorca. (Vase.)

Reina. (¡Ah!)

Mont. (Valednos Dios santo!)

Rey. Con urgencia...
tomad y leed luego (á Montaner.)

Reina. (¡Fingid!) (bajo á Montaner.)

Mont. (¡Qué horrible apuro!)

Rey. Vamos, leed.

Mont. (¡Oh!) Señor, tal vez la reina,
ya que presente está, debiera leerlo...

Reina. Si vos no habeis podido fingir, ¿creeis que yo pudiera hacerlo?...

Rey. ¡Cómol! ¡Qué significa!... presto leed, Montaner, á ver qué dice?..

Mont. Dice, señor, que el moro ha penetrado en el reino de Murcia.

Rey. ¡Cómol Sigue.....

Mont. Y hasta de Lorca los campos ha talado.
(*Movimiento del rey.*)

Reina. Con calma obrad, señor.

Rey. (*Reconcentrado*) Sí; con la calma que es dable y tener puede quien siente arder el corazon y el alma, voy á dictar las órdenes primeras.
(*Con toda su fuerza.*)

¡Mi lanza y mi caballo!

Reina. Ah! Ved señor cómo os hallais!...

Rey. Cual debe hallarse un rey en este instante me hallo.

Mont. Mirad que vuestro mal.....

Rey. Ah! yo le escedol....

Reina. Por Dios Santo!

Cons. Señor!...

Rey. (*Apartándola de su lado.*) Dejad! (*Haciendo esfuerzos para levantarse y con abatimiento*) ¡No puedo!

Reina. Lo veis ¿señor?.... (*volviendo á él*)

Mont. Calmaos!

Rey. ¡Oh! ¡Dejadme!

Reina. Nunca, señor! Aquí, rogadle todos.

(*Se agrupan al rededor del rey.*)

Rey. ¡Paso á don Jaime de Aragon! (*todos se apartan.*)

El rey repite los mismos esfuerzos para levantarse, logra ponerse de pié, cae luego sobre el sillón y esclama:

¡Llevadme!

Los criados cogen el sillón del rey y cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del palacio de Játiva. Puertas al foro, derecha ó izquierda.—A la izquierda, habrá una mesa con tapete, recado de escribir y un sillón.

ESCENA I.

MONTANER (con un pergamino) LUEGO LA REINA.

Mont. ¡Imposible! por instantes el refuerzo es necesario, y no hay medio de reunirlo tan pronto, ni de mandarlo en tan breve tiempo. Triste es por demás y apurado este trance.

Reina. (saliendo por la derecha.)

Montaner.

Mont. ¡Ah! señora..... (inclinándose.)

Reina. ¡Os veo pálido!

Qué teneis?

Mont. Que ya han venido noticias.

Reina. Sea loado el cielo.

Mont. Siempre debemos

hacerlo como cristianos.

Reina. (Con ansiedad)

Pero, decid Montaner...

Mont. Que ya á las manos llegaron
cristianos y moros.

Reina. Y.....

Mont. En dos combates.

Reina. Y el campo
quedaria de don Pedro?

Mont. Oid vos misma el relato
que me hace Fluvía.

Reina. ¡Fluvía!

¿Y el infante?

Mont. Sano y salvo
por ahora.

Reina. Ya respiro:
me disteis un sobresalto.
Mas leed.

Mont. Voy (lee.)
«Montaner:

hemos llegado á las manos
dos veces en solo un dia,
habiendo quedado en ambos
horribles combates, mas
de mil muertos en el campo:
la victoria decisiva
al fin para los cristianos
seria seguramente,
si no se fuera aumentando
de una manera pasmosa
el número de estos bárbaros,
que por cada uno que muere,
evoca el infierno cuatro.
El infante, á pesar de esto,
en su bravura confiado,
refuerzo pedir no quiere
y con los pocos soldados
de que dispone, esperanza

tiene al fin de derrotarlos:
mas yo temo que á D. Pedro
engaña el corazon bravo,
pues veo que en Velez-Rubio
casi cercados estamos
y vencer es imposible
tal número de contrarios.
De mi cuenta y riesgo á vos
en estos renglones trazo,
sin que lo sepa el infante,
la situacion en que estamos.
Ahora deliberad
y que Dios sea loado.»
Nada mas.

Reina. Qué hacer ahora?

Mont. Dificil es el pensarlo.

Reina. Pues ha de verse algun medio...

Ugier. (á la puerta) Señora, aquí un embozado
pide con muy grande urgencia
ver al rey.

Mont. Es muy estraño
á estas horas.

Reina. Habeis dicho
un embozado?

Ugier. Y reacio
por mas que se le pregunta
su calidad y su rango,
dice que solo ante el rey
habrá de manifestarlo.

Reina. Y parece caballero?

Ugier. Lo parece.

Reina. Aquí guiadlo.

ESCENA II.

DICHOS Y ABENHAMET, (embozado)

Mont. Decid, ¿qué se os ofrece?

Aben. Ver al rey.

Mont. En esta hora
daros no puede audiencia.

Aben. Lo siento por el rey.

Reina. Es el asunto
de tan grave interés y tal urgencia...

Aben. Si.

Mont. Entonces declaradlo
y á un tiempo descubríos
porque estais de la reina en la presencia.

Aben. Alá os guarde sultana. (*se descubre*)

Mont. Abenhamet!

Aben. El mismo.

Mont. Habeis osado
el llegar hasta aquí!

Aben. Entre la espesura
andando de los bosques y embozado
en esta capa, hallé via segura
volando mi caballo en la maleza,
y una vez ante el rey, de mi persona
á mi fé le responde su nobleza.

Mont. En ella Abenhamet no fiais en vano:
mas decid que mision.....

Aben. Aunque os asombre,
salvar del rey el nombre

(*Movimiento de la reina*)

y del oprobio el pabellon cristiano.

Reina. ¡Cómo!

Mont. ¡Hamet!

Reina. ¿Qué habeis dicho? O estais loco
al hablar de tal suerte, ó á fé mia
que el nombre de que hablais conoceis
(poco.)

Aben. Sé bien, oh reina, el nombre que pronuncio,
y por Alá no trato
de hacer con mis palabras desacato
á quien tan alto y poderoso miro.

Reina. Hablad. (*Se sienta.*)

Aben. Seguramente
no ignorareis que en la presente lucha
el sol de ayer brillante
que vuestras bravas huestes alumbraba
y siempre á la victoria
combate tras combate las guiaba,
en el zénit paróse de su gloria,
oculto tras la nube
que oscura tiene de su luz la tierra
en donde á vuestras huestes
en duro cerco el de Granada encierra.

Reina. (¡D. Pedro! ¡Cielo santo!)

Mont. Aunque lejos del sitio de la guerra,
comprenderás, cual antes bien dijiste,
que aquí se nos alcanza
cuanto sucede allí, y que la esperanza
que puede el rey tener en sus legiones,
no ha de nublar tan presto
el humo de tus locas ilusiones.

Reina. Y mal por cierto en vuestra boca sienta,
si enviado venís del de Granada,
tamaña presuncion por tantas veces
y en tantas ocasiones humillada.

Mont. (¡Bien, señora!)

Reina. Fielmente
esponed, pues, la pretension que os trae,
desnuda de ilusiones.....

Aben. Brevemente
á presentarla voy: En Velez-Rubio
hoy se halla vuestra gente
totalmente sitiada,
por el número inmenso de legiones
que lanzó á Murcia Abenjali potente.
Escaso vuestro ejército, imposible
si la voz del asalto fierá ruge...
que resista á los hijos del profeta
en su tremendo y formidable empuje.

(Movimiento de la reina.)

Mont. Adelante.

Aben. El refuerzo
que mandar pretendais con los soldados
de Cataluña y Aragon, sin duda
despues ha de llegar que entre las manos
de los hijos de Alá caiga vencido
el ejército entero de cristianos.
Pues bien, de Velez-Rubio
libres pueden salir y aquí concluya
por siempre nuestra guerra.

Reina. Seguid, que no os comprendo...

Aben. D. Jaime al de Granada
le cederá la tierra
que comprende de Lorca hasta la sierra;
y Granada la aliada
será y la amiga de Aragon.

(La reina quiere contestar, pero Montaner se adelanta y la detiene respetuosamente)

Mont. Señora,
permitidme un momento.

Pasad, Hamet, á la inmediata estancia
mientras al rey presento
en breve la propuesta.

Aben. En ella aguardo luego la respuesta.

(Montaner le conduce á la segunda puerta)

Reina. Quizá piadoso el cielo
de salvacion un medio nos presente
en este estado de angustioso anhelo!

Mont. Señora.....

Reina. ¿Qué imagina
vuestra prudencia, Montaner?

Mont. Si accede

D. Jaime á la propuesta, todavía
el mal que veo conjurarse puede:
que aunque en verdad ni tregua ni reposo
conceder á esa gente se debiera,
en el presente caso, el aceptarla
quizás al reino provechoso fuera.

Reina. Decídselo pues todo...
el parte de Fluviá...

Mont. Mas del Infante...

Reina. Eso de ningun modo!

Mont. A su lado voy pues.

Reina. Que el cielo os guie.

ESCENA III.

REINA Y DOÑA CONSTANZA.

Cons. Señora...

Reina. Mi Constanza!

(Con grande ansiedad.)

Cons. Decid...

Reina. Ya del Infante
noticias hoy llegaron.

Cons. Lisongeras?

Reina. Si.

Cons. Plugo al fin oír ó Dios clemente
de mi dolor las preces plañideras!

Reina. Así del afan mio
quiera dolerse y escuchar el ruego
que desde el triste corazón le envío!...

Cons. ¿Y cuándo volverá?...

Reina. Ah!... no lo dice...

y sí solo que el cielo
por nuestro amor le guarda.

Cons. ¡Ingrato! otro consuelo
no quiso dar al pecho que le adora,
y que en su amarga ausencia
de noche y día sin ventura llora!

Reina. Pensad que los cuidados
del primer capitán son infinitos
hallándose en la guerra...

ESCENA IV.

DICHOS Y MONTANER.

Mont. El Rey, señora.

Reina. ¡Va á salir!...

Mont. El mismo
quiere á Hamet responder.

Riena. ¿Y qué responde?
(*Recatándose de D.^a Constanza.*)

Mont. Sabeis que es un abismo
el corazon á veces del monarca
mas la intencion que esconde
adivinar creí...

Reina. (*Con afan.*) Decid...

Mont. Se niegá!

Reina. ¡Triste de mí!

(*Montaner vuelve á la misma puerta á recibir al Rey.*)

Cons. ¿Señora, qué sucede?

Reina. Es que el Rey en salir aquí se empeña...
Pasad á vuestra cámara, Constanza,
porque vuestra presencia
á sospechar le induciria, acaso,
la falta de D. Pedro, de Valencia.

Cons. Me retiro y os ruego
que si llegan mas nuevas del infante...

Reina. Avisaros yo misma corro luego.

(*Constanza entra en la cámara derecha.*)

ESCENA V.

LA REINA, EL REY, (*apoyado en MONTANER.*)

Reina. Señor cómo os sentís?

(*Ulega al sillón y se sienta.*)

- Rey.* Ay harto débil...
mas es preciso presentarse fuerte.
La postracion en que quizás me mira,
hoy al moro inspiró ese vano alarde
de un poder que abatiera
siempre ante el mio la cerviz cobarde.
- Reina.* Y pensais responderle?...
- Rey.* No debiera;
mas esta honra concederle quiero.
- Reina.* Y qué decís, señor, á su propuesta?
- Rey.* Y vos lo preguntais?
- Reina.* Señor...
- Rey.* Tan solo
cabe aquí una respuesta
y esa será la que oiga de mi boca.
- Reina.* Pensad, señor, lo que esponeis en ello,
y que de vuestro labio ahora pende
de miles de valientes la existencia...
- Rey.* Como su honra tambien.
- Reina.* Ved que la muerte
cierta por todas partes les circunda.
- Rey.* Y tambien la deshonra:
y entre la vida y la honra
antes que la primera es la segunda.
- Reina.* Resuelto al fin estais?..
- Rey.* Sí.
- Reina.* Y en los campos
de Velez-Rubio dejareis que mueran
en desigual combate
vuestros bravos soldados,
dejando esposas, padres adorados
en sempiterno duelo
y en ayes tristes de dolor prolijos
llorando aquí la muerte de sus hijos
desventuradas madres sin consuelo?...
- Rey.* Quien sabe... acaso el cielo
permitir no querrá que así sucumban...
- Reina.* Y si lo permitiera...

Rey. Sus almas en la gloria
como honradas y buenas recibiera.

Reina. Oh! no! tal sacrificio...

Mont. (Ved señora
que os vendeis!)

Rey. Mas no alcanzo
como vos á mi intento
os oponéis aquí con tales muestras
de fuerte y acendrado sentimiento?...

Reina. Es que señor... á la verdad... tan grande
y para tantos la desgracia fuera,
que al ver que en vuestra mano
el evitarla está, se me figura
de mil madres oír el fuerte grito
llamando á mi ternura
para que sea mi doliente acento
el acento ante vos de su amargura.

Rey. Señora...

Reina. Y yo que madre soy cual ellas,
yo que comprendo su dolor prolijo...
al traeros la voz de sus querellas,
siento que el bien que por los suyos haga,
bien ha de ser que llueva sobre mi hijo!...
Y á tal punto esta idea
mi corazón embarga, que presiento
que si alejar el mal yo no lograra,
mi existencia por siempre acibarara
horrible y torcedor remordimiento!...
En ese aciago día,
ay! de todas las madres
junto el dolor mi alma sentiría!...

Rey. Ved que pedís, señora, un imposible!

Reina. Mis súplicas ardientes
no han de ser hoy á vuestro pecho estra-
ñas!...

Rey. Imposible.

Reina. Con llanto en las mejillas
á vuestros piés lo pido de rodillas

por el hijo, señor de mis entrañas!...

Rey. (*Mira á la Reina y luego fija la vista en Montaner diciéndole con imperio.*)
En dónde Montaner, está el Infante?

Mont. (*Vacilando un momento y con temor..*)
En la guerra!...

Rey. En la guerra!
(*A la reina despues de un momento de pausa.*)

Alzad, señora,
y solo aquí un instante
con Montaner dejadme.

Reina. Ved que llevo
transida de dolor el alma mia!
(*El rey indica á la reina con la mano, que se retire. Montaner se queda en la escena cabizbajo y como temeroso delante del rey.*)

ESCENA VI.

EL REY, MONTANER.

Rey. (*Despues de reflexionar un momento.*)
Medio siglo de glorias empañado
por el borron de un dia!... (*Con firmeza.*)
No!... Montaner!

Mont. Señor.
Rey. Tomad asiento
y á los Virreyes escribid al punto
de Cataluña y Aragon:
(*Montaner se sienta y se pone á escribir lo que el Rey le manda.*)

Decidle
al primero, que presto aquí por tierra
la mitad de los tercios catalanes
mande, dispuestos para entrar en guerra.
Al segundo direisle que, supuesto
que en el alto Aragon tan mal fué el año,

la mitad les rebajo del impuesto,
que además de los tercios que allí tiene,
organice otros tantos con urgencia,
y que en seguida mande los primeros
y luego los segundos á Valencia.

(Montaner firma y cierra los pliegos.)

Ahora á vuestra prudencia
y á vuestra astucia, Montaner, y brio,
voy á fiar una misión: en ella
llevais mi vida con el nombre miol...

Mont. Hablad señor.

Rey.

De Játiva al momento

(Con fatiga hasta que le priva de hablar.)

partireis vos á uña de caballo,
y antes que allá Granada
Abenhamet con mi respuesta llegue,
entrais en Velez-Rubio,
y allá cuando despliegue
la noche el negro manto
y todo calle y en silencio duerma,
dividireis la gente
en pelotones que de diez no pasen
cuyo mando dareis al mas valiente.
Salís fuera la villa á media noche,
cauteloso el andar, la boca muda,
sin caballos ni lanzas y en la mano
la limpia daga para herir desnuda.
Del círculo en redor tomad los puntos...
y á la voz... de un clarín...
Hablar no puedo...

Mont. *(Rápidamente.)* Todos á un tiempo mismo
á la sorda matanza nos lanzamos,

*(D. Jaime sigue con señales afirmativas
las palabras de Montaner.)*

y si así no logramos
derrotar al infiel de un solo golpe,
á favor del desórden y del miedo,
á la primera luz del nuevo dia
á la lucha tornamos

redoblando el corage y el denuedo,
y otra vez de esa tierra le arrojamos!

Rey. Si así sabeis hacerlo...

Mont. Yo os lo fio.

(El rey le alarga la mano y él la besa.)

Rey. Que pase Abenhamet. *(Vase Montaner.)*

¡Pues yo no puedo,
que puedan ellos, permitid, Dios mio!

ESCENA VII.

DICHOS, ABENHAMET, LA REINA Y CONSTANZA.

Rey. *(Levantando el pergamino que se supo-
ne le entregó Montaner. La reina y Cons-
tanza aparecen en la puerta derecha.)*

La respuesta que cabe á tan osada,
y singular propuesta *(Rasga el pergamino.)*
Tomad! *(Se lo arroja á los piés.)*

Aben. ¡Qué haceis!

Rein. ¡Oh Dios!

Rey. Esta respuesta
llevareis al rey moro de Granada.

Rein. y Cons. *(Corriendo al lado del rey.)*

¡Señor!

Rey. ¡Ved quien os mira! *(Se apartan.)*

Aben. Sin duda, oh rey, vos ignorais la suerte
(Se oyen gritos lejanos.)
que á los vuestros espera, cuando alarde
haceis de esa entereza...

Rey. Nada ignoro.

Aben. Pensad que cierta allí será su muerte!.....

Rey. Basta.

Aben. Alá lo dispuso, que él os guarde. *(va-
(Aumenta la gritería.) (se.*

Rein. ¿Qué es esto?...

Cons. Oh Dios!...

ESCENA VIII.

DICHOS Y FLUVIÁ (*en traje de guerra.*)

Todos (menos el rey.) ¡Fluviá!
Fluv. (*arrojándose á los piés del rey.*)
¡Señor, victoria!

Todos. Cómo!

Rey. Gracias, Dios mio!

Fluv. Y tan completa,
que á no ser que le esconda
la arena de la lid, aun humeante,
del sitio de la lucha, ni un turbante
cien leguas hallareis á la redonda.

Rey. Mas cómo fué... Decid...

Fluv. Cual siempre ha
que vuestro brio ardiente (sido)
marchando á nuestro frente
la difícil victoria ha decidido:
porque allí estabais vos.

Rey. Mi alma sin duda!

Fluv. Y vuestro brazo fuerte:
mas no cual ahora inerte
por el dolor que vuestro brio priva,
sino blandiendo la tajante espada,
con la presteza viva
del jóven caballero
y la fuerza y poder de aquella mano
que el cuello del rey moro de Mallorca
dobló á los piés del príncipe cristiano.
Erais vos, erais vos, y vuestra era
la voz potente que la lucha fiera
sembró el espanto y alcanzó á vencellos,
el espacio llenando por do quiera
al grito de ¡Aragon cierra con ellos!

Rey. Pero Fluviá... no entiendo....

Fluv. En breve lo vereis... (*Suena un clarín.*)

Mont. Es el infante!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS Y D. PEDEO.

Rein. } D. Pedro! (*Abrazándole.*)

Const. }

Ped. Madre! (*idem.*)

Rey. Ahora lo comprendo!...

Mont. Y cual otro, señor, con vos pudiera confundirse?

Rey. Es verdad, mi hijo no fuera.

Ped. Padre! (*Arrojándose á los brazos del Rey.*)

El rey le recibe con rostro severo, y él se detiene)

Señor!...

A vuestro real mandato pude faltar: la voz que me clamaba «hijo tente!» quizás oír debía; mas entonces, señor, ¿qué respondía á la que «parte infante» me gritaba?... Si hija de vuestro amor fué la primera, hija en mí la segunda de vuestra propia sangre tambien era!...

Rey. Aquello el rey mandaba.

Ped. Mas olvidaba el rey, que padre mio á un tiempo se decia, y que la voz que *parte!* me gritaba, era su sangre que en mi pecho hervía. Rebelde ú obediente, en aquel trance de fuertes dudas y de afan prolijo, el que partiera ó el que aquí quedara, ¿cuál de los dos, cuál era vuestro hijo? Porque lo soy partí! Quizá la suerte, dije al partir, me niegue la victoria, y aun en el campo de la lid sucumba!...

mas Aragon recoja mi memoria
y nuevo timbre de su clara historia
sea el laurel que brotará en mi tumba.
Al frente de mis bravos contra el moro
salí para vencerle: á la refriega
un cuento se lanzaron...
¡Diez por uno Aragon! grité á los míos,
y para diez bastaron
de cada uno los ardientes brios.
Un punto la victoria entre la nube
meciéndose del polvo del combate,
dudó quizás; el número fué al cabo
por el valor y por la fé vencido.
Un cuento han combatido
y el que no viene miserable esclavo,
queda en el campo de la lid tendido.
Y ahora libre de los fuertes lazos
de mi deber primero, á vuestras plantas
vuestro pèdon imploro.

Rey.

No! en mis brazos.
(*Estrechándole y alzando los ojos al cielo.*)
Pues digno de mi nombre y clara estirpe,
sosten de vuestra fé, (*señalando á D. Ped.*)
queda en el suelo,
cuando deje mi espíritu la tierra,
recibidle, Señor, en vuestro cielo!!..

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama , no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. *Madrid 20 de Octubre de 1860.*

EL CENSOR DE TEATROS.

Antonio Ferrer del Rio.

La primera actriz doña Matilde Diez se encargó, en obsequio del drama, del papel de la *Reina* á pesar de no corresponder por su importancia al nombre y reputacion de dicha señora. El autor lo consigna aquí como un testimonio de su gratitud á la distinguida artista.







